

cios. Los perdonó. Y Aarón dijo á Moisés: «¡Ah! Señor, no pongas ahora sobre nosotros castigo, porque uno y otro hemos pecado. Mírala consumida la mitad de su carne.» Y Dios dispuso que se la echara del campamento hebreo por espacio de siete días en castigo á su culpa.» Y, en efecto, siete días estuvo la profetisa de Israel sin comunicarse con el pueblo, al cabo de los cuales volvió sana y cantando los divinos loores. Pero después de algún tiempo murió María, mucho antes que Moisés y mucho antes que Aarón. El capítulo vigésimo de los Números nos refiere la muerte suya en estos simples términos: «Y llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el mes primero, y asentó el pueblo en Cades, y allí murió María y fué allí sepultada.» Tal es la vida y la muerte de la mujer por nosotros denominada, según la etimología de su nombre, dulcísima Estrella del mar.

LA HIJA DE JEFTÉ

A la época de Abraham siguió la época de Jacob, á la época de Jacob la época de Moisés, á la época de Moisés la época de Josué, á la época de Josué la época de Jefté. Cada una de tales edades hállase distinguida completamente de la otra por una fase particular del espíritu israelita. Abraham va de Caldea en busca de Palestina, donde su Dios tendrá un santuario con el tiempo, mas va como nómada, sin emplear otras fuerzas que las necesarias para su peregrinación ó paso, y sin pararse más tiempo que aquel indispensable á tomar un poco de respiro en su perdurable viaje. Por Jacob el pueblo hebreo, gracias al hijo de Jacob, José, ya se fija, y establece y asienta, pero en tierra extraña, en los valles de Gessén y á la sombra de instituciones ajenas y extrañas también, á la sombra del imperio faraónico. Bajo Moisés, la tribu israelita pasa desde gran fa-

milia, por obra de tan superior genio, á nación, si bien todavía nómada y no fija en parte alguna, pues durante nueve lustros la tierra prometida se oculta como las ondulaciones fantásticas de una engañosa esperanza encerrada en los limbos de lo porvenir, apartadísima por completo á sus manos y á sus ojos. Durante Josué la tierra prometida es conquistada, y surge, después de muerto Moisés, aquella tan apetecida Jerusalén. Luégo Josué pasa el Jordán, toma Jericó, reparte la Palestina y muere dejando la sucesión suya y el gobierno de su pueblo á un organismo denominado de los jueces. Naturalmente, la desaparición de hombres tales como el sabio legislador Moisés, como el general valerosísimo Josué, como tantos otros que debían sacar al pueblo israelita del Egipto y conducirlo á tierra prometida; la desaparición de sus héroes, de sus conductores, de sus profetas, de todos aquellos á quienes debíamos llamar los grandes poderes de Israel, siéntese mucho y trae consigo inevitable anarquía. Todos aspiran á jefes artificiosamente así que los jefes naturales acaban y mueren. El consejo de los ancianos apenas goza, en aquel desorden moral y material, autoridad ninguna. Divídense los sacerdotes en levitas y aaronitas, dando ejemplo de civil guerra donde mayores ejemplos debían darse de unidad y de concordia. Los jueces, ó

suffetas, no bastaban á sustentar el poder, y las varias tribus consumíanse á una en celos y recelos continuos. Por consecuencia, en esta falta completa de autoridad externa, los pueblos convecinos, celosos todos ellos de aquel predilecto pueblo recién venido á participar de sus hogares, armábanse de todas armas y caían con estrépito sobre Israel. Los araneos de Siria, los reyes de Moab, los filisteos del Mediodía, los cananeos del Norte, iban, guiados por jefes expertos y conduciendo novecientos carros de guerra, sobre la tierra prometida y el pueblo de Israel. De vez en cuando suscitaba la Providencia una profetisa como Débora, que hablaba sublime lenguaje bajo las palmeras del desierto, y una patriota como Jael, que atravesaba en su tienda con mazo y clavo las sienas de Sísara. Pero Israel, á pesar de su Dios, de su república, de su libertad y de todas estas grandes ventajas que le habían traído sus milagrosas sibilas, no se había de nada verdaderamente aprovechado por vivir en una especie de anarquía consuetudinaria, trotando sobre sus asnillas rojas y oyendo las flautas de sus vendimiadores ebrios. Y, sin embargo, filisteos, nómadas, madianitas, le atormentaban, y fué necesario un general como Gedeón, que había visto á Jehovah bajo las sombras de los terebintos, mientras atrojaba sus trigos en cubas portátiles para preser-

varlo á las violentas irrupciones. Mas, nuevamente asaltados, necesitaron contra sus invasores de un jefe nuevo, de Jefté, y á la hija de éste y al destino de la hija de éste consagraremos algunas páginas.

El pueblo de Israel no merecía que Dios le sacara del cautiverio egipcio y le prometiera su alianza eterna. Duro de cerviz, como le llamaba la Biblia, conservaba la nostalgia del culto idólatra y caía en vergonzosas reacciones. Sus labios eran por naturaleza blasfemos y su corazón por naturaleza pagano. Cuando Jefté andaba errante por las grandes vías de la Palestina, huyendo á las ingratitudes judías, la espada terrible de los madianitas había mordido las carnes de Israel, y como si fueran estiércol, barrido sus hijuelos á las cavernas de los brutos. En vano sembraba todos los inviernos trigo y esperaba todos los estíos espigas; los madianitas iban y los despojaban. Trabajaba para ellos como el asno y el siervo trabajan para sus dueños. Volvió el pueblo los ojos á Jehovah, y alzó á Jehovah las manos suplicantes. Pero Jehovah le dijo por boca de sus profetas: «Yo te saqué de manos de los egipcios y tu en manos de los amorreos caiste.» Y envió un ángel en socorro del pueblo. Y el ángel fué á sentarse bajo la encina de Efra. Y como encontrase á Gedeón escondiendo el trigo para preservarlo de los irruptores, airóse al escucharle dudar en su an-

gustia de que pudiesen renovarse las maravillas y los milagros de la salida de Egipto. En rescate de esta duda, Gedeón ofreció cabritos y tortas ázimas bajo los encinares, sobre las peñas, en fuego misterioso que derretía las ofrendas y las elevaba cual humaradas al cielo. Y Gedeón derribó el templo de Baal, donde habían abjurado sus padres, cortó el bosque consagrado á las divinidades paganas, y en aquel mismo lugar sacrificó á Jehovah un hermoso novillo. Entonces los varones quisieron matarle y le suscitaron asechanzas. Fueron á una los madianitas, los amalecitas y los orientales por el valle Jarael para castigar á Gedeón. Y Gedeón congregó á las tribus con sólo sonar el cuerno de caza. Y las tribus acudieron á una con gran golpe y en són de guerra. Pero Dios sólo permitió á Gedeón escoger trescientos guerreros. Y aparecían los enemigos innumerables cual nubes de langosta y los bagajes cual arenas del desierto. Mas fueron vencidos. Y cada uno de los israelitas ofreció á Gedeón sus zarcillos de oro, además de las coronas de oro y de los mantos de púrpura que arrancaran á la frente y á los hombros de los príncipes de Madián, así como las áureas cadenas llevadas por sus camellos. Pero, al poco tiempo, los ammonitas volvieron de nuevo á provocar el coraje de Israel y á tentar su paciencia, sin que Israel tuviese, ni á Gedeón, ni á Galaad,

para defenderse y para salvarse. Galaad había dejado un hijo, y este hijo se llamaba Jefté, nombre tomado al sitio de su nacimiento. Y Jefté, si era hijo de un héroe, también era hijo de una ramera. Moisés había castigado con castigos indecibles la prostitución. El dinero allegado por las prostitutas no podía entrar en el templo de Dios. Y los habidos de ganancia, los engendrados en la cama de todos, pagaban con la deshonra el desliz de sus padres y las flaquezas de sus madres. Así los hermanos de Jefté, por no haber parido á éste mujer legítima, lo expulsaron del hogar, dejándolo vivir errante á guisa de bandido por las regiones de Tob.

República, Israel estaba gobernado por un Consejo de ancianos. Y este Consejo acudió á Jefté, cuando los ammonitas amenazaban á Israel. Y como Jefté hubiese alzado gentes en armas y hecho muchísimos siervos, vió venir por los lejos del horizonte caravanas que lo requerían, y oyó la voz de su pueblo, que lo aclamaba. Y como le llamaran invencible, respondiósles que sólo ellos le habían vencido al castigar su nacimiento. Y como le notificaran necesitarlo, contestóles que no puede necesitar el pueblo de Israel al hijo de una ramera. Y como invocaran su familia, redarguyóles con que su familia le había cruelmente despedido del último rincón de su hogar y negádole hasta la herencia de

su padre. En verdad, los que no habían querido á Jefté como brazo en sus faenas, aclamábanle ahora como cabeza en su gobierno. Pero Jefté se aferraba en sus respuestas, diciendo á los ingratos cómo no podían alzar á su frente aquel á quien no toleraron á sus piés. En esto, cuando los ancianos de Israel se mostraban más decididos por la designación de su jefatura, y Jefté más empecatado en rehusarla, oyóse por los aires una voz verdaderamente suave y un cántico verdaderamente arrobador. A sus cadencias y á sus ecos, los ancianos preguntaban qué perfume corría por los aires, qué música deliciosísima sonaba en sus oídos, pues sentíanse como tocados de celestial influencia y se regocijaban cual suele regocijarse todo sediento por el agua que refresca sus fauces. Entonces Jefté respondió que la voz aquella era la voz de su hija, cuya garganta despedía gorjeos como el ruiseñor, y cuyas manos componían el sabroso amasijo diario. En efecto, el cendal que adornaba su garganta y que se movía, con seductores compases, á la respiración de su pecho; el turbante de colores que ocultaba su cabeza; la túnica, bajo cuyos pliegues las líneas de su cuerpo se veían, realzaban el moreno rostro, de purpúreos labios, de blancos dientes, de rosadas mejillas, de cejas espesísimas, de negros ojos velados por oscuras pestañas, de espa-

ciosa frente, de trenzas lustrosísimas que van entre sus rodillas á perderse. El aire, agitado con sus danzas y henchido con sus cánticos, parecía más puro, y la palmera más gallarda y más hermosa cuando se ponía bajo la sombra de sus palmas ella, junto á la cisterna de agua pura, con su ánfora en la cabeza.

Los ancianos de Israel, repelidos por Jefté, fueron agasados por su hija. Ésta, creyendo que la mano de Dios los guiaba y el aliento divino les infundía las palabras dichas á su padre, juntó sus súplicas á las súplicas de Israel, y ablandó la voluntad, y rindió el corazón de Jefté. En Israel había el arte pasado á la mujer, y el cántico de María con el cántico de Débora presentaban modelos fáciles á seguir en la inspiración y en el sentimiento de las israelitas. La hija de Jefté cantó como cantara María en las raíces del Sinaí, como cantara Débora bajo las sombras de sus palmas. En sus cánticos saltaban de gozo los montes y estremecíanse las selvas, viendo cómo la espada de Josué y de Gedeón iba nuevamente á brillar en manos de Jefté. Debían, pues, temblar los príncipes ammonitas en sus altos tronos y los dioses ammonitas en sus espléndidos altares. La cólera del guerrero iba de nuevo á consumirlos como el incendio á la hierba seca. En celebración de tal esperanza, las manos

de la doncella amasaron el pan sin levadura y escogieron el corderillo sin mancha en holocausto á Dios. Viendo tal felicidad los ancianos de Israel, an súbito logro de sus deseos, reposáronse á una bajo la tienda. La hija de Jefté lo arregló todo para su agasajo. Llenó los odres de leche, la piedra en su cocina de panes, y tostó á la puerta un succulento novillo, tributos pagados en la hospitalidad oriental á los más excelsos huéspedes. La hija de Jefté decidió seguir á su padre hasta Israel, y juró de hinojos orar á Jehovah mientras su padre combatía por Jehovah. La hora del combate suena. El sol toma color de sangre. Parecen los vientos resoplidos de tigres. Las armas vibran como hambrientas de matanza. Israel se apercibe á derribar nuevos Faraones. Humana sangre correrá de nuevo en holocausto á Jehovah. Los vencidos víctimas iban á ser, pero víctimas presentadas en las aras y en los sacrificios de Jehovah. Los siervos de Jefté, puestos á contar el número de los enemigos, habían perdido la cuenta. Innumerables las armas, innumerables los camellos. Sus gritos de rabia semejaban al trueno y sus miradas de ira semejaban al rayo. Los ammonitas pertenecieron de antiguo á los pueblos más celebrados y más dignos de serlo por su coraje. No las tenía, pues, todas consigo Jefté. Cuando comparaba sus fuerzas propias con las aje-

nas fuerzas, sentíase como desfallecido y descorazonado. Además, el pueblo entonces no era digno de vencer, porque habían como de tropel entrado en su corazón todas las pasiones y en su memoria desvaneciéndose como nieblas los recuerdos de las divinas misericordias. Así le parecía ver el ceño airado de Jehovah y oír el bramido de su cólera implacable. Y en su temor no quería que tratase á Israel según lo demandaban sus pecados, sino según podía la divina misericordia. Jefté se hallaba dispuesto á mostrar cómo reservaba para los altares de Dios las más preciadas víctimas y le disponía el humo de los mayores holocaustos. Así flaqueaba su corazón si no ofrecía un voto extraordinario. Y, en efecto, en aquella especie de agonía, á la víspera de un combate donde presagiaba la necesidad suprema de unos esfuerzos increíbles, prometió, si caían los ammonitas en sus manos, degollar sobre las aras de Jehovah la primer persona que saliese á esperarle á la puerta de su casa, fuera quien fuera.

Apenas podríamos concebir barbarie semejante si no estuviese ahí la humana historia para demostrarnos de qué abismos tan profundos ha necesitado la humanidad levantarse para subir al cielo y al sol de los grandes ideales. Parece imposible que, después de haber recorrido Israel toda la evolución señalada por nosotros y vista en las personas de

sus grandes patriarcas y en los estados varios de su desenvolvimiento progresivo, aun cayese por su propio peso en el extremo increíble de prestar alguna virtud santificante á los sacrificios humanos. ¿Qué idea se formaba Jefté del Dios de Abraham, cuando le creía capaz de acorrerle solícito en sus necesidades y darle al extremo de todo una victoria, tan sólo porque le ofrecía en holocausto una víctima tan selecta cual toda humana víctima? No podríamos explicarnos esta superstición increíble, si á la postre no viéramos con qué trabajo y esfuerzo se ha la humanidad erguido sobre la tierra y levantándose á los grandes principios del humano derecho.

Así como hemos debido reconocer un progreso en la esclavitud, que mantenía y conservaba la vida del prisionero, sacrificado en las guerras exterminadoras donde todo el mundo era pasado á cuchillo, así debemos reconocer la profundidad manifiesta de aquel dicho célebre, atribuído á Montaigne, reconociendo un progreso en el hábito de comerse á un enemigo asado sobre el hábito de comerse á un enemigo crudo. Examinando la misma liturgia de Moisés encuéntrase con facilidad alguna reminiscencia del antiguo culto druídico, lo cual hace creer á muchos que también los judíos provienen de los celtas. Y, en efecto, no solamente prescribe allá en

diversos versículos del Levítico y del Éxodo poner como aras á la divinidad piedras toscas y titánicas sin pulimento alguno, sino que prescribe también rociar estas piedras con sangre de las víctimas, como si el hedor de la sangre placiese á un Dios ya tan sublime como el Dios revelado por Moisés. Desengañémonos, en la humana evolución aquellos términos que se acercan á las edades primitivas tienen un carácter bárbaro, carácter demostrativo de cuán difícilmente nos hemos levantado los hombres desde la triste animalidad é inconsciencia en que nacimos, á pesar de nuestras libertades y de nuestro espíritu, hasta la cultura moderna. No están muy lejos los tiempos en que se creía un hombre malaventurado por toda la eternidad si no presentaba en el supremo último juicio muchas víctimas inmoladas por su mano en perdurables guerras. Los indios de pieles rojas celan y atisban sus enemigos, y los persiguen, y los acosan, y los cazan como á los ciervos. En ciertos pueblos, no solamente se procede así con el enemigo, sino con el amigo ¿qué digo con el amigo? con el abuelo, con el padre, cuando no contribuyen al sostenimiento de la familia. Platón refiere que los antiguos sardos mataban sus viejos á palos. Estrabón nos asegura que allá en la Bactriana existían canes llamados sepultureros, y cuyo principal oficio redu-

cíase á devorar á los viejos y sepultarlos en sus estómagos. Pero ¿á qué volver los ojos á pueblos tan apartados y tan distantes de nuestra edad? Nos gloriamos de tener entre nuestros abuelos á los celtas, vemos todavía con religioso respeto los círculos de piedra que llamamos lucos y que formaban las viejas aras; contemplamos los dolmenes, y hasta los ponemos como timbres gloriosos en el escudo viejo de nuestras glorias; bendecimos en verso y prosa los druidas y las druidisas, cuyas voces nos comunican en estrechas relaciones con los muertos, y no recordamos como al pie de todo aquello y en el centro de todo aquello se hallaban los sacrificios humanos, más ó menos frecuentes, pero reconocidos como un medio de interceder con los dioses y desarmar sus iras. Así no debe por modo alguno extrañarnos que aquel hijo de una torpe ramera, público ladrón de las vías palestinas, rebelde guerrillero, que llevaba tras sí gente allegadiza é informe á los combates múltiples y á los encuentros cruentísimos, creyese desarmar al Eterno en sus justas cóleras contra el descastado é ingratisimo Israel, ofreciéndole víctimas humanas y designando para el sacrificio ideado por su exaltación la primer persona que se presentase á la puerta de su hogar para felicitarle por su victoria sobre los ammonitas.